

de ira, se levantó de la mesa y salió al jardín. Entonces uno de sus servidores se le acercó y le dijo: «*En casa de Amán se levanta un patíbulo de 50 codos de alto, que había preparado para Mardoqueo*». El rey, al punto, mandó que colgaran de él al mismo Amán. Así fue castigado el perseguidor del pueblo santo, y Mardoqueo fue elevado a la dignidad de primer mandatario del rey. Nuevos decretos reales revocaron la orden de exterminio contra los Judíos, a petición de la reina Ester, que decía a Asuero: «*¿Cómo podré yo ver el mal que ha de venir sobre mi pueblo? ¿y cómo podré ver el exterminio de mi raza?*» Y para perpetuar el recuerdo de esta liberación, los Judíos instituyeron una fiesta anual, llamada *Purim*.

APLICACIÓN A MARÍA. — *Ahí tenemos retratado al vivo el poder de la intercesión de Nuestra Señora por nosotros. Nuestra Señora, siendo como es Esposa del Rey de Reyes, tiene una influencia todopoderosa sobre su corazón, capaz de inclinar la benevolencia divina sobre su pueblo; y como Madre nuestra que es, y una de nuestra raza, no puede ver cómo su pueblo es exterminado, y cómo perecen sus hijos. Por eso, con toda la fuerza de su valimiento, acude ante Dios y le suplica que nos salve del exterminador, que son el demonio y sus secuaces; y esta súplica es al punto escuchada.*

Conclusión.

Nuestras almas, la Santa Iglesia de Dios, necesitan una Protectora especial; porque muchos son los peligros, de consecuencias eternas, que nos acechan en esta vida. Amán, que es el diablo, viendo cómo el pueblo cristiano se niega a adorarlo, a seguir sus máximas, busca su perdición. Y actualmente, en castigo de nuestros pecados, Dios le deja llevar a cabo su obra devastadora con pasmosa libertad. Mas el pueblo fiel cuenta con la Santísima Virgen, que con gran solicitud materna se preocupa por él y por su salvación eterna. Por eso la Iglesia, en los momentos de mayor angustia, siempre ha clamado a Ella: «*Habla por nosotros al Rey, y líbranos de la muerte. ¿Acaso no es para eso que has sido hecha Reina? Compadécete de tu pueblo, de tu raza, que es perseguida por ese malvado Amán; compadécete de nuestras almas, de nuestras familias, de nuestras patrias, de la Santa Iglesia de Dios, que a tu cuidado han sido confiadas*».

¿Qué nos pide Nuestra Señora? «*Congregaos todos, hijos míos, y mortificaos, y haced penitencia mientras Yo me presento ante el Rey*»; esto es, llevad una vida verdaderamente cristiana, para alcanzar de Mí las gracias que necesitan vuestras almas y la Santa Iglesia de Dios.

Y estemos seguros de que el triunfo final, definitivo, es de María. Ella sabrá volver contra el diablo todas las maquinaciones que ahora trama contra la Santa Iglesia de Dios y las naciones cristianas. No perdamos, pues, la confianza, sino pongámosla toda entera en Aquella que *sola es la razón de toda nuestra esperanza*. «**Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará**».

Hojitas de Fe

Escrutad la Escritura

268

I. Historia Sagrada

La reina Ester, figura de la Virgen como Auxilio de los Cristianos

En una Hojita de Fe anterior hablamos de la virtuosa Judit como figura de Nuestra Señora en su lucha contra el demonio. Esta semana la liturgia hace leer en el Breviario otra hermosa historia, la de la reina Ester de Persia, en quien los Santos Padres y la Iglesia ven una figura de la Santísima Virgen, *Auxilio de los Cristianos*. En efecto, lo que Ester fue para su pueblo por disposición de Dios, lo es María para el pueblo cristiano.

1º Elevación de Ester como Reina de Persia.

Nos remontamos al tiempo después de la deportación del pueblo judío a Babilonia. Los muchos Judíos que no volvieron a Jerusalén cuando el rey de los Persas les autorizó el regreso, siguieron siendo tratados por Dios como pueblo suyo, y gozando de su amor y protección divina. Veamos cómo se puso en obra esta especial providencia de Dios hacia su pueblo.

En Susa, capital del imperio persa, vivía una joven judía, huérfana, de bellísimas dotes personales, llamada *Ester* (que significa *estrella*), bajo la tutela de su tío Mardoqueo, de la tribu de Benjamín, varón muy temeroso de Dios y que gozaba de gran consideración en palacio. Quiso la Providencia que Asuero (Jerjes I, 485-465), cuando iba a tomar esposa, pusiera los ojos en Ester, que se vio elevada así a la dignidad de reina. Sin embargo, por consejo de Mardoqueo, Ester mantuvo en secreto su origen judío.

Cada día, Mardoqueo se presentaba ante el vestíbulo del palacio real, para saber qué era de ella. Un día escuchó a dos eunucos de palacio conspirando contra la vida del rey; por lo que lo hizo saber a Ester, y ésta al rey. Verificada la conspiración, los dos oficiales fueron colgados en el patíbulo, y el incidente quedó consignado en los Anales del reino.

APLICACIÓN A MARÍA. — *Todo esto se acomoda perfectamente a María Santísima. Una vez que la humanidad, por culpa del pecado, se vio desterrada de la Jerusalén de Dios, se halló cautiva, fuera de su patria, exilada en este valle de lágrimas. Pero Dios siguió manifestando hacia ella su infinita providencia. Para ello, formuló el propósito de tomar de entre esa humanidad una Esposa y una Madre, y se eligió una doncella hermosísima, que halló gracia a sus ojos, y a la que elevó a la condición de*

Reina. También esta doncella se llamaba Estrella, que es lo que significa justamente el nombre de María: Stella Maris.

2º La Reina Ester expone la vida por su pueblo.

Algún tiempo después, el rey ensalzó a Amán, uno de sus favoritos, a la más alta dignidad del reino. Todos los siervos del rey doblaban la rodilla ante él y le honraban casi como a un dios; sólo Mardoqueo se negaba a darle la honra que sólo se debe a Dios. Irritado Amán por ello, y enterado de que Mardoqueo era judío, resolvió perderlo a él con toda su raza. Para ello persuadió al rey de que los Judíos se negaban a observar las leyes del país, y que eran los peores enemigos del reino: «*Es un pueblo que se opone a las costumbres de las demás naciones, sigue leyes perversas, desprecia las órdenes del rey, y turba por la contrariedad de sus sentimientos la paz y la concordia de todos los pueblos*». Obtuvo así del rey un edicto por el que se permitía masacrar, en un solo día, a todos los Judíos del imperio, jóvenes y viejos, niños y mujeres, y confiscar todos sus bienes.

Al enterarse de esta noticia, grande fue la consternación entre los Judíos. Mardoqueo, al punto, dio cuenta a Ester de lo que Amán tramaba, y le suplicó que se presentara ante el rey e intercediese por su nación. Hízole saber Ester que no podía presentarse ante el rey, pues una ley de los Persas prohibía, bajo pena de muerte, que nadie compareciera ante el rey sin haber sido antes llamado. A lo cual le contestó Mardoqueo: «*Si tú callas ahora, Dios librará a su pueblo de otra manera; mas ¿quién sabe si no es para un momento como éste, para liberar a tu pueblo, que alcanzaste tú la dignidad real?*» Ester hizo decir entonces a Mardoqueo: «*Ve y congrega a todos los Judíos que se hallan en Susa y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis por espacio de tres días; también yo, con mis doncellas, ayunaré igualmente; luego me presentaré ante el rey, arriesgando mi propia vida*».

Al tercer día, Ester se hizo llevar a la presencia del rey. Y alzando Asuero la vista, y manifestándose en sus ojos encendidos el furor de su pecho, la reina Ester cayó desmayada. Dios trocó entonces el corazón del rey, que, saltando presuroso del trono, extendió hacia ella su cetro en señal de clemencia, y le dijo con dulzura: «*¿Qué te pasa, Ester? Yo soy tu hermano. No temas, Ester, no morirás; porque esta ley no fue puesta para ti, sino para todos los demás. ¿Qué desea la reina Ester?*» Ester contestó: «*Si place al rey, suplico que venga hoy con Amán al convite que tengo preparado para él*». Fueron, pues, el rey y Amán al convite que Ester había preparado.

APLICACIÓN A MARÍA. — *¡Cuánta semejanza guarda lo dicho con el pueblo santo de Dios, la Santa Iglesia! Pues también la Iglesia es un pueblo al que se acusa de oponerse a las costumbres de las demás naciones, de seguir leyes perversas, de despreciar las órdenes de los reyes, de turbar por la contrariedad de sus sentimientos la paz y la concordia de todos los pueblos; y con ese pretexto es perseguido por aquel enemigo suyo implacable, la antigua Serpiente, deseoso de aniquilar a toda la raza de los justos, que no doblan la rodilla ante él ni le adoran como príncipe de este mundo.*

Triste sería nuestro estado si, como el pueblo judío en ese momento, no tuviese la Iglesia una intercesora como Ester. Como Mardoqueo, en todos los trances difíciles para la santa religión, el pueblo cristiano acude confiadamente a María, elegida de entre el pueblo y exaltada a la dignidad de Reina, y le pide: «Invoca tú al Señor, y habla por nosotros al Rey, y líbranos de la muerte. ¿No es acaso para eso, dulce Señora, que has sido exaltada como Reina?».

Y Nuestra Señora no duda en arriesgar su propia vida, como lo hizo en el Calvario, para conseguirnos la salvación. Se presenta ante el Rey de Reyes, y cuando por su humildad podría temer la ira de Dios por osar presentarse ante su divino acatamiento, su Inmaculada Concepción hace que el corazón de Dios se sienta trocado de ira en dulzura: «No temas, María, que esta ley del pecado no ha sido hecha para ti, sino sólo para los demás; tú eres inmaculada, mi preciosa, mi paloma; pídemelo cuanto quieras, que Yo te lo concederé».

3º Efectos saludables de la intercesión de Ester.

Durante el banquete Asuero rogó de nuevo a Ester que le manifestara su deseo. Ella le pidió que volviese al día siguiente con Amán a su convite, y que entonces se lo manifestaría. Amán se retiró lleno de contento, mas cuando se topó con Mardoqueo, que seguía negándose a doblar la rodilla ante él, se despertó su furor, y por consejo de su mujer hizo levantar un patíbulo de 50 codos de alto, para empalar en él a Mardoqueo al día siguiente.

Esa misma noche Asuero, no logrando dormir, hizo que le leyeran los Anales del reino. Y al oír que Mardoqueo había salvado en otro tiempo la vida al rey, preguntó: «*¿Qué honores ha recibido Mardoqueo en recompensa de su fidelidad?*» Le contestaron que ninguno. En ese momento llegaba Amán para presentar al rey su petición de empalar a Mardoqueo en el patíbulo. ¡Qué mal le van a ir las cosas al desdichado! Desde que lo oyó llegar, el rey lo hizo entrar, y le dijo: «*¿Cómo debe el rey tratar al hombre a quien desea honrar?*» Amán, pensando que se refería a él, contestó: «*El hombre a quien el rey desea honrar, debe ser revestido de las vestiduras e insignias reales, ser montado en el caballo del rey con la diadema real sobre su cabeza, y el primero de los príncipes del imperio debe llevarle las riendas del caballo a través de la ciudad, clamando en alta voz: ¡Así se hace con aquel a quien el rey quiere honrar!*» El rey dijo entonces a Amán: «*Ve presto, toma las vestiduras reales y el caballo, y haz con el judío Mardoqueo todo cuanto acabas de decir, sin omitir nada de todo ello*».

Amán tuvo que ejecutar las órdenes del rey, y sumamente avergonzado regresó a su casa. Al punto llegaron los mensajeros del rey para recordarle el festín de la reina. Durante la comida el rey renovó su pedido: «*Ester, ¿cuál es tu deseo? Aunque pidieras la mitad del reino, te será otorgada*». Ester contestó: «*Si he hallado gracia a los ojos del rey, y si place al rey cumplir mi petición y mi deseo, sálveme la vida, a mí y a mi pueblo. Porque está decretado que se nos masacre a todos en un mismo día*». El rey, asombrado, replicó: «*¿Quién es y dónde está el que osa hacer tal cosa?*» Ester contestó: «*Nuestro perseguidor y enemigo es el malvado Amán, aquí presente*». Amán quedó atónito y sin palabra. El rey, lleno